



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

¿Cómo pensamos la inclusión educativa en el marco de la pandemia?

Ailén Stranges

Letras, (9), e220, artículos, 2020

ISSN 2524-938X | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/letras>

FPyCS | Universidad Nacional de La Plata

La Plata | Buenos Aires | Argentina

¿Cómo pensamos la inclusión educativa en el marco de la pandemia?

Por **Ailén Stranges**

strangesailen@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0001-7570-8765>

Centro de Investigación en Lectura y Escritura (CILE)
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata - Argentina

Resumen

El objetivo de la siguiente producción busca reflexionar sobre cómo pensamos a la inclusión educativa como docentes en el marco del aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO). Cuando creemos en la inclusión como proyecto, cuando decimos como docentes que queremos que ningún estudiante se quede por fuera de las cursadas en este contexto de pandemia, ¿en qué sujeto estamos pensando? ¿a qué se supone que vamos a incluir a ese sujeto? ¿cómo incluimos, en este contexto, las complejidades sociales y de acceso a la tecnología?

Palabras clave

pandemia, inclusión, tecnologías, docentes, estudiantes

Sin duda, fue difícil para nosotros/as como docentes ir modificando, de forma tan abrupta, la forma de enseñar. Es complejo empezar a dictar materias que estaban pensadas exclusivamente para la presencialidad y para el intercambio instantáneo con los/as estudiantes de manera virtual. Por lo que esta es una época de retos y desafíos en los que indefectiblemente vamos a tener que revisar y repensar nuestras prácticas docentes para transformarlas. Y transformarlas para siempre, no solo por el tiempo que dure la cuarentena. En este sentido, el pedagogo Tonucci (2020) sostiene: «Cuando empecemos de nuevo, tendremos que inventar una escuela que hoy no existe. No es verdad que vamos a poder volver a la escuela de antes; porque el virus nos obligará, con las condiciones de distancia y de cuidado, a pensar cosas totalmente distintas». Y eso aplicará no solo a la escuela sino a todos los niveles educativos. Aquello que antes se dictaba en las clases presenciales, ahora en la virtualidad forzada no genera los mismos resultados y tampoco podemos esperar que los genere: ¿cómo seguimos trabajando con los/as estudiantes? ¿Cómo se continúa con el programa de estudios? ¿Cómo hacer efectiva la enseñanza sin la presencialidad a la que estábamos acostumbrados y acostumbradas? ¿Cómo se evalúa en este contexto?

En este sentido, Elsie Rockwell (2020) sostiene que la escuela es presencial o no es escuela por lo que lo esencial es presencial. Esto implica que como docentes no podemos pretender generar en la virtualidad el mismo sentido que se logra con el cuerpo en la presencialidad. Entonces, tener esto en cuenta es necesario para poder planificar sin pretender resultados que no se van a conseguir por múltiples motivos.

La cuarentena obligatoria nos generó más preguntas que respuestas y nos presentó un espacio laboral diferente al habitual. Nuestro trabajo es social, es con el cuerpo, es con la mirada y este contexto lo desconfiguró por completo. Y eso nos obligó a transformar y repensar nuestras prácticas docentes con las

herramientas que cada uno y cada una tenía a disposición. En esta línea, Mariana Chendo (2020) planteó

[...] la UNESCO arrojó una población de más de 1500 millones de estudiantes y 60,2 millones de docentes "migrantes" alrededor de 138 países. Más de 1560,2 millones de humanos migrando a la virtualidad en un tiempo inferior a 30 días. La migración global más formidable de Occidente, en tiempo record: más de 1560,2 millones de humanos desplazados hacia el mismo sitio en el menor tiempo. ¿Qué es la virtualidad, qué son esas tierras? Migrantes digitales a fuerza de pandemia. Agarrar nuestros útiles y llevarlos a otras tierras, ¿qué continuidad puede exigírsele a un migrante forzado? ¿qué continuidad es posible en la discontinuidad del espacio y del tiempo? ¿qué son esas tierras?

Ciertamente, creo que muchos/as docentes y estudiantes se sienten como Chendo (2020) lo plantea, como migrantes forzados. Con todo lo que eso implica, con los miedos e incertidumbres que se ponen en juego en un proceso de migración que muchas veces son excluyentes y discriminatorias.

La virtualización de la educación

En este contexto las redes sociales se han convertido en aliadas y en herramientas que también debemos discutir. Estamos muy acostumbrados/as a usar redes sociales e internet de una forma bastante informal, desestructurada, que tiene que ver con la intimidad y las relaciones diarias. Sin embargo, ahora lo institucional y lo académico comenzó a funcionar en ese mismo ámbito que antes era prácticamente exclusivo del goce. Entonces hay que repensar de qué manera los/as docentes adaptamos las clases a las redes para poder seguir sosteniendo ciertas lógicas formales e institucionales que los procesos de enseñanza/aprendizaje necesitan.


Tanto docentes como estudiantes tienen que construir un espacio áulico abstracto que es muy costoso porque la pandemia nos obliga a seguir adelante a pesar de todo el contexto adverso que nos rodea. La inestabilidad económica y la inestabilidad emocional se tienen que adaptar a las nuevas condiciones. Y todo esto sin considerar el acceso a internet, a las tecnologías, a la alfabetización tecnológica que, muchas veces, pensamos que sabemos usarlas cuando en realidad en estas situaciones nos damos cuenta que nunca terminaremos de aprender y de enseñar todo.

Las instituciones educativas, con el correr de los años, mejor o peor, se han ido adaptando a los cambios tecnológicos y a los nuevos soportes: pizarrón, pizarra, cuaderno, pantalla, etc. En este contexto en el que el sistema tuvo que virtualizarse y digitalizarse en muchos casos, hay que discutir cuáles son los mejores soportes. Y, a su vez, pensar: ¿cómo atender la desigualdad de condiciones? ¿Cómo tener ese horizonte de justicia curricular? (Dussel, 2020).

En simultáneo, también existe cierta resistencia a esta virtualización. A muchos/as docentes, estudiantes, padres y madres les costó y les cuesta apropiarse de esta realidad para hacerle frente a estos meses de cuarentena. Dussel (2020) hace hincapié en la necesidad de no desistir como docentes para que los/as estudiantes tampoco desistan a encontrarse y encontrarnos en la clase. Sin dudas aprender en este contexto es más difícil pero no imposible si se cuenta con los medios y la formación necesaria.

¿Qué es la experiencia?


La pandemia nos obligó a todos/as las docentes a vincularnos con nuestros/as estudiantes a través de la computadora. Esto reconfiguró, en cierto punto, las relaciones de poder que se establecen en el aula de manera implícita por la imposición del cuerpo.



La virtualidad expone que todos y todas somos iguales y que todos y todas estamos aprendiendo y enseñando a la vez. Y en ese borramiento de sujeto/docente y de sujetos/estudiantes, el estar frente al pizarrón, estar parado o parada cuando todos y todas están sentadas, ese borramiento tal vez nos permite pensar nuevos lugares inclusivos que en realidad siempre tendrían que haber sido. (Magdalena Aragón, comunicación personal, 2020)¹

Y pensar eso nos permite volver a hacernos la pregunta por la experiencia y el conocimiento: ¿qué es la experiencia? ¿Acumular años frente a un aula es parámetro de algo? ¿De qué? ¿Qué pasa con la docencia? ¿Qué es ser un buen o una buena docente? Que un o una docente tenga muchos años de experiencia en el aula no implica que sepa más en términos de conocimiento y que sea capaz de ser inclusivo o inclusiva y generar sentido en sus estudiantes. Al igual que un/a docente sepa mucho no significa que sepa transmitir sus conocimientos y que tenga las herramientas pedagógicas para hacerle frente al proceso de enseñanza/aprendizaje y a la inclusión educativa.

Tanto los/as estudiantes como los/as docentes son heterogéneos/as. Dentro de las instituciones educativas conviven múltiples formas de enseñanza. A la escuela y a la universidad las pensamos como homogéneas cuando en realidad son heterogéneas. Y la pandemia reafirmó esta diversidad y puso en escena la necesidad de generar nuevos lazos y vínculos institucionales.



Saber que el otro y la otra también están en una situación de tanta vulnerabilidad como la nuestra hace que necesariamente la solidaridad y las relaciones tengan que replantearse y que, por tanto, entendamos lo que a veces el espacio físico no nos permite y que es mostrarnos como iguales. La pandemia nos permitió encontrarnos en un lugar de vulnerabilidad y de desconocimiento que nos posibilita contenernos entre todos y todas. (Magdalena Aragón, comunicación personal, 2020)

Es por eso que es necesario pensar en un aula diferente, en un aula en la que el/la docente no dé clases magistrales manteniendo la distancia y hablando por horas. Esta pandemia, como indica el origen de la palabra «reunirse con otros», nos mostró la necesidad de acercarnos, la necesidad de compartir, de ser más empáticos e inclusivos/as. Esta pandemia nos mostró que hay profesionales con mucha trayectoria pero que nunca antes habían dado clases virtuales, y nos mostró también que hay profesionales que no tienen tanta experiencia en el aula, pero han sabido afrontar las propuestas pedagógicas de una manera muy clara.

Entonces, ¿por qué no romper con los estereotipos y apostar a una formación de docentes integral e inclusiva? ¿Por qué no arriesgarse a pensar propuestas que motiven e incluyan a nuestros y nuestras estudiantes a pesar de estas circunstancias? Sin ir más lejos, una problemática que atravesó a todos/as las docentes en este contexto fue la de la evaluación: ¿cómo evaluar en estas circunstancias? Si bien el Ministro de Educación, Nicolás Trotta (Télam, 2020), sostuvo que las escuelas no pondrán calificaciones numéricas mientras dure la pandemia, la universidad sí lo hará. Y acá no hay experiencia posible, acá estamos todos/as en las mismas circunstancias: con estudiantes sin acceso a las tecnologías, sin acceso a internet, con problemas personales y económicos que no les permiten llevar al día las cursadas, etcétera.


Entonces, ¿cómo pongo una nota numérica cuando no sé si mis estudiantes no participan porque no pueden, no entienden o no quieren?, ¿cómo pongo una nota numérica si no puedo evaluar el proceso y me tengo que limitar a las entregas de trabajos prácticos?, ¿evaluamos sólo a quienes tienen acceso?, ¿cómo ponemos una nota numérica sin excluir?, ¿cómo es una nota inclusiva?

Las variables a tener en cuenta son muchas y no tenemos que perder de vista que la calificación pone en juego la continuidad de nuestros/as estudiantes:

aprobar motiva a seguir adelante, desaprobado desalienta. Ahora bien, ¿aprobar es incluir?, ¿con aprobar es suficiente? No, claro que no.

El desafío de la inclusión


Enseñar en la universidad implica el desafío político de incluir. Las docentes e investigadoras Juarros y Levy (2020) plantean:




Enseñamos un saber científico que conlleva un valor social y cultural atravesado por relaciones de poder en las que se ponen en juego historias individuales y la historia social de los/as involucrados/as. Es decir, nuestra tarea está invariablemente determinada por un proyecto político-académico –no exento de conflictos y contradicciones– que le da sentido y, a su vez, define sus contenidos, alcances y métodos. (p. 3)

Sin ir más lejos, Freire (2000) plantea que la educación debe ser vista siempre como un acto político. Las decisiones académicas conforman documentos que, con una intencionalidad, a veces más explícita, a veces menos explícita, configuran la enseñanza. Por eso es imposible para un/a docente, mantenerse neutro o imparcial en la práctica docente. La toma de decisiones políticas implican un compromiso y un accionar acorde a las necesidades y urgencias de los/as estudiantes.

Ahora bien, ¿cómo funcionan las instituciones educativas en este contexto? ¿Cómo hacen efectiva una educación inclusiva? Andrea Pérez y Marcelo Krichesky (2015) sostienen que un componente de la educación inclusiva es la participación en la vida del aula y de la escuela.




Esta idea de participación no se limita a que todos los estudiantes estén o permanezcan en la escuela, sino a que participen de forma activa en procesos de aprendizaje significativos que respeten su diversidad. La vida



escolar en la que todos los estudiantes deben sentirse incluidos transcurre a través de las actividades de enseñanza y aprendizaje con sus iguales y no al margen de ellas. (Pérez & Krichesky, 2015, p. 23)

Pero ¿cómo logramos incluir en la virtualidad? Abrirle la puerta a todos/as no es sinónimo de incluir. Al igual que, en este contexto, darle una computadora a un/a estudiante tampoco lo es. Por supuesto que es necesario porque es la herramienta para poder trabajar y en este contexto todo suma. Pero no es inclusión.




Los procesos de fragmentación y de profunda exclusión al que las políticas neoliberales subsumieron a los actores torna necesaria en estos tiempos la pregunta referida a quiénes son los sujetos, esto es, cómo configuran su realidad y sus identidades, qué condicionamientos los marcan y qué esperanzas portan quienes habitan las escuelas. (Kaplan, 2006, p. 14)

En este caso habría que pensar esa misma cita de Kaplan en contexto de virtualidad forzada. Ella afirma: «Se trata de conocer para transformar, pero al mismo tiempo, de conocer para potenciar» (2006, p. 13). Entonces cabe preguntarnos: ¿el mundo se puede cambiar sin escuela? El potencial transformador de la escuela es innegable. Las instituciones educativas contienen, acompañan, sostienen, generan lazos y brindan apoyo a sus estudiantes.

Los sectores vulnerados son actualmente los más afectados por la crisis sanitaria y su consecuencia inmediata será una sociedad más desigual aún que la presente. «Las desigualdades serán mayores cuando volvamos a la escuela», sostiene Kaplan (2020), y plantea que si la escuela como institución tiene como meta brindar horizontes de posibilidades a los/as niños/as, entonces el día después deberá activar procesos de igualación.

De esta manera, las instituciones educativas tienen un desafío enorme: intentar incluir a aquellos/as individuos y grupos sociales atravesados por el fenómeno de la exclusión social que se acrecentó en la pandemia. Kaplan (2020) sostiene que cuando se retome el regreso a las aulas muchos pupitres estarán vacíos por los procesos de exclusión que se han establecido en este tiempo de enfermedad, y la escuela como siempre, debe estar presente para ayudar entre otras cosas a transitar los duelos. Aunque el panorama que preanuncia es complejo, Kaplan (2020) destaca que la relevancia del rol de la escuela hará la diferencia, en la medida que el/la docente continúe construyendo experiencia escolar a pesar de todo, haciendo frente a los desafíos y generando lazos sociales.

Sin embargo, no hay que perder de vista que el COVID-19 no fue quien instaló la pobreza y la marginalidad en el mundo. La pobreza existe desde hace cientos de años y se acrecentó desde la década del 80 cuando el neoliberalismo se impuso y sometió al mundo a un estado de crisis continuo. Por ello, Aldo Ocampo González (2017) propone:




se requiere con urgencia que la comunidad científica abandone la producción de esencialismos epistémicos para hablar de inclusión, con el objeto de centrar sus análisis en los mecanismos internos que producen determinadas formas de exclusión a través del ejercicio del derecho en la educación; describiendo su lógica y mecánica de producción, vigencia e institucionalización en determinados estilos de estructuras educativas. (p. 16)

Para pensar la educación inclusiva necesariamente hay que investigar todos aquellos mecanismos que impiden su desarrollo: el capitalismo. Y con él las relaciones de poder, el patriarcado, el colonialismo y todos los sistemas de dominación y opresión.


Aproximaciones finales

Los tres principios de regulación de las sociedades modernas son el Estado, el mercado y la comunidad. Sin embargo, en los últimos cincuenta años aproximadamente, el mercado recibió mucho más protagonismo y dejó de lado al Estado y la comunidad. De Sousa Santos (2020) plantea que la pandemia de coronavirus es una manifestación entre muchas del modelo de sociedad que comenzó a imponerse a nivel mundial a partir del siglo XVII y que ahora está llegando a su etapa final. Además, sostiene que



las pandemias muestran de forma cruel cómo el capitalismo neoliberal incapacitó al Estado para responder a las emergencias. Las respuestas que los Estados dan a la crisis varían de un Estado a otro, pero ninguno puede disfrazar su incapacidad, su falta de previsibilidad en relación con las emergencias que se anunciaron como inminentes y muy probables (p. 74)

Es decir que el virus no es democrático, el virus está agravando las desigualdades sociales. El virus nos está indicando que este capitalismo al que llamamos neoliberalismo llegó a su límite.



Al contrario de lo que transmiten los medios de comunicación y las organizaciones internacionales, la cuarentena no solo hace más visibles, sino que también refuerza la injusticia, la discriminación, la exclusión social y el sufrimiento inmerecido que provocan. Resulta que tales asimetrías se vuelven más invisibles frente al pánico que se apodera de quienes no están acostumbrados a él. (De Sousa Santos, 2020, p. 19)

Sin embargo, el lugar de las instituciones educativas viene a reponer ciertos miedos. Y en este marco de pandemia la cara visible son los/as docentes que le ponen el cuerpo de diferentes formas a esta realidad social que estamos atravesando. Esta virtualidad forzada es paliativa y no va a reemplazar al aula.

Por eso hay que insistir en pensar estrategias para este escenario tan dinámico sin pretender y querer enseñar todo. En la presencialidad, no es posible y menos aún en la virtualidad. Hay procesos que son con el cuerpo y hay que esperar a volver al aula: ¿qué sentidos podemos generar en este contexto?, ¿cuáles son los procesos de enseñanza/aprendizaje que tienen que esperar a volver al aula? Entonces, sí es indispensable reflexionar en torno a la necesidad de un cambio metodológico en las prácticas docentes, incentivando, a través de la creatividad y la innovación, los procesos de reflexión en el/la estudiante y la idoneidad como método eficaz para potenciar sus aprendizajes.

En la Argentina, para reducir la brecha digital y social, en el 2010 la actual vicepresidenta Cristina Fernández creó el programa Conectar Igualdad que dotó a los/as estudiantes de las escuelas públicas de *netbooks*. Esa era una política pública clara que si se hubiese continuado y profundizado en las escuelas públicas de todo el país posiblemente la pandemia nos hubiese encontrado mejor posicionados y posicionadas respecto al acceso de internet, de *netbooks* y de espacios de formación gratuita para los/as docentes.

Como profesionales de la educación debemos ser capaces de pensar clases y materias exclusivamente virtuales, presenciales y semipresenciales con objetivos pedagógicos claros y acordes al entorno. La pandemia nos obligó a transformar clases pensadas para la presencialidad cuando en realidad la virtualidad está atravesada por otras lógicas y accesos. Sin embargo, con tiempo, planificación, acceso y posibilidades, la virtualidad es un espacio de formación de gran utilidad.

Es necesario que la universidad y la escuela se (re)piensen a la par de sus docentes y estudiantes; el país necesita instituciones educativas inclusivas que tengan imaginación, que sean creativas y que se animen a las grandes transformaciones y dejen de ser convencionales reproduciendo prácticas que quedaron obsoletas. Como todo proceso, es imprescindible que las prácticas

tradicionales convivan con las nuevas formas de ser y hacer para ir modificando las maneras de enseñar y aprender tanto en el aula como en la virtualidad. Para eso es necesario un Estado activo que invierta en educación, en infraestructura, que brinde los materiales que hagan falta y que apueste a la formación de sus docentes. Un Estado con perspectiva inclusiva, un Estado que eduque para la diversidad y sea capaz de acompañar los cambios culturales. Hay que transformar las instituciones educativas con proyectos políticos-pedagógicos que disputen y generen nuevos y mejores espacios colectivos.

Referencias

Canal ISEP (23 de abril de 2020). *"La clase en pantuflas"*, *Conversatorio virtual con Inés Dussel*. ISEP [Archivo de video]. Youtube.

<https://www.youtube.com/watch?v=6xKvCtBC3Vs&t=1s>

Chendo, M. (7 de mayo 2020). Educación 2020: los migrantes forzados. *Iberoamérica social*. <https://iberoamericasocial.com/educacion-2020-los-migrantes-forzados/>

De Sousa Santos, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. CLACSO.

Dussel, I. y Terigi, F. [Ministerio de Educación]. (21 de mayo de 2020). «Jornadas de Formación Docente». <https://www.youtube.com/watch?v=pZYGWi7nHQM>

Freire, P. (1996). *Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XX.

Freire, P. (2000). *Pedagogía de la indignación. Cartas pedagógicas en un mundo revuelto*. UNESP.

Juarros, M. F. y Levy, E. (2020). Módulo 1: «La práctica docente en la educación a distancia. La relación pedagógica mediada por tecnologías. Pedagogía crítica y didáctica en la enseñanza digital». Ministerio de Educación de la Nación.

Kaplan, C. (19 de mayo de 2020). «Carina Kaplan - La escuela como organizadora de lazo social en tiempos de pandemia». La pedagogía que vendrá.

https://www.youtube.com/watch?time_continue=62&v=Y8EhjWPV_Cg&feature=emb_logo

Kaplan, C. (2006). *La inclusión como posibilidad*. Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.

Krichesky, M. y Pérez, A. (Coords.). (2014). *Inclusión educativa en la escuela secundaria obligatoria: investigación, desafíos, propuestas para el futuro*. UNDAV.

Ocampo González, A. (2017). «Editorial. Pensar heterotópicamente la Educación Inclusiva». *Polyphōnía. Revista de Educación Inclusiva*, (1), pp. 15-21.

<https://revista.celei.cl/index.php/PREI/article/view/222>

Rockwell, E. (21 de mayo de 2020). Jornadas Nacionales de Formación Docente. Apertura y primera mesa. Ministerio de Educación.

<https://www.youtube.com/watch?v=b-ar2w23QU4>

Sarmiento, G. (17 de mayo de 2020). Francesco Tonucci: «Cuando empecemos de nuevo, deberemos inventar otra escuela». *Tiempo Argentino*.

<https://www.tiempoar.com.ar/nota/francesco-tonucci-cuando-empecemos-de-nuevo-deberemos-inventar-otra-escuela>

Télam. (15 de mayo de 2020). Las escuelas no pondrán calificaciones numéricas mientras dure la pandemia. <https://www.telam.com.ar/notas/202005/464262-callificaciones-numericas-examenes-escuelas-grado-ano-educacion-coronavirus-cfe.html>

Nota

¹ Docente de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata a quien la autora le realizó una entrevista aún no publicada.